



Alegría de Pío, un cayito de árboles pequeños que hace esquina con un cañaveral y lindaba por detrás con otro cañaveral más pequeño.

De Alegría de Pío a Cinco Palmas

Fragmentos del Diario de Campaña escrito por el general de Ejército Raúl Castro Ruz a partir del 24 de noviembre de 1956 hasta el 31 de marzo de 1957

Fotos: Archivo de BOHEMIA

MIÉRCOLES 5 de diciembre: Seguimos caminando en la misma forma hasta poco después de las seis de la mañana que empezó a aclarar. Acampamos en un pequeño cayito de árboles pequeños que hace esquina con un cañaveral y en la parte de atrás tenía otro cañaveral más pequeño, que quedaba entre el monte firme y el cayito nuestro. Teníamos que pasar el día completo allí y no moverse para nada [...]

A las 4:00 p. m. se nos entregó medio chorizo y una galleta a cada uno. En la escuadra de mi pelotón donde yo estaba, también comimos una salchicha de lata

y un traguito de leche condensada por cabeza.

Serían las cuatro y media de la tarde, cuando vino la hecatombe: parece que las guardias de postas eran muy pocas y estaban prácticamente dentro del improvisado campamento, y la cuestión es que fuimos sorprendidos por el Ejército y como a esa hora, de nuestra tranquilidad nos sacó un disparo primero y después una descarga cerrada, degenerando en nutrido tiroteo que duró largo rato. Como las balas atravesaban el follaje de los arbolitos que nos protegían y muchas picaban y silbaban cerca de nosotros, la

confusión y el correcorre eran tan grandes, que de lo único que tuve tiempo fue de agarrar mi canana de balas y mi fusil, dejando abandonada, como todo el mundo, la pesada mochila.

En cuestión de segundos, seguido de algunos compañeros, pude llegar al cañaveral cercano y salir de aquel bosquecito diminuto, que parecía un tiro al blanco y precisamente el blanco éramos nosotros. Al cruzar de un cañaveral a otro, vi a Miguel Saavedra seguido de algunos compañeros, venir por una guardarraya y seguir detrás de nosotros. Pero momentos después no los volvimos a ver más. Al parecer, se desviaron y tomaron por otro rumbo. Aún se sentían disparos de fuego a discreción y algunas ráfagas de ametralladoras.

Tres aviones del Ejército volaban en esos instantes sobre nuestras cabezas en forma de círculo. En breve tiempo atravesamos dos cañaverales, escondiéndonos varias veces en los plantones de caña, al paso de los aviones que volaban bastante bajos y por fin logramos alcanzar el bosque, extenuados y con sed. Avanzamos por medio de las malezas hacia un rumbo, pero ya oscureciendo no sabíamos dónde estábamos.

Ya de noche, por un rato siguieron sintiéndose los aviones y algo más tarde,

ruido de camiones. Decidimos dormir, cosa que fue imposible por el frío, las pesadillas que me daban, relacionadas con el problema de la sorprendida que nos dieron, y porque era un terreno, el lugar que escogimos para dormir, de piedras dentadas y de mosquitos.

Jueves 6 de diciembre: A las seis menos cuarto nos levantamos, empezamos a caminar rumbo a la salida del sol. Desde muy temprano vinieron tres o cuatro aviones y hasta la hora en que escribo estas líneas (doce del día), no han cesado de dar vueltas. ¡En estos precisos instantes los aviones empiezan a arrojar bombas en zonas muy cercanas a las nuestras (doce menos cinco minutos)! Detienen el pequeño bombardeo, y yo sigo escribiendo y mientras esté con vida, que tal vez se acabe hoy o mañana, seguiré reportando en mi diario en el instante, si no estoy corriendo, las cosas que vayan ocurriendo. En estos momentos estamos los seis compañeros tirados bocabajo y pegados a un árbol con algunos metros de separación... Doce en punto. Sigue el violento cruce de aviones en picadas unos, otros en vuelo rasante [...] Están ametrallando el bosque. ¡Bueno, esto es emocionante, peligroso y triste! Voy a descansar un rato y a fumar un cigarrillo, "mientras sigue la



Boca del Toro, Pilón. Cerca de aquí fueron asesinados ocho expedicionarios del *Granma*.

fiesta". ¡Confío en que la naturaleza nos proteja hasta que podamos salir de este cerco! Ignoramos la suerte del resto del destacamento. Ojalá se salven ellos por lo menos y puedan seguir la lucha hasta el triunfo de nuestra causa (son las doce y cinco) [...].

Viernes 7 de diciembre: Son las ocho de la mañana cuando empiezo a escribir estas líneas y el día amaneció de una calma espantosa, ni un solo ruido en toda la zona, ni el viento sopla con fuerza como en días anteriores. De los aviones, que esperábamos que a estas horas ya estarían dando vueltas, nada. Estábamos tan acostumbrados a la bulla de los aviones y a sus ráfagas, que la tranquilidad de hoy nos mete miedo.

Anoche un cangrejo me despertó, mientras me comía los pelos de la coronilla de mi cabeza. Si me los sigue comiendo hoy parecería un cura [...].

Aquí hemos decidido (los seis que estamos) esperar a que se marchen un poco los soldados; mientras nos alimentamos exclusivamente de caña. Si los demás compañeros, sobre todo el Estado Mayor, ha logrado irse, la Revolución y nosotros tal vez estaremos a salvo. De nuestra posición solo sabemos dónde están los puntos cardinales, pero de nosotros, solo sabemos que estamos en la provincia de Oriente y bastante lejos de la Sierra Maestra, nuestra meta del momento [...].

Sábado 8 de diciembre: Nos levantamos temprano, como de costumbre y fuimos a buscar caña; dos cubrimos la retaguardia; al regresar, no encontramos nuestro campamento. Hoy pensamos acercarnos por la tarde a un bohío que debe estar cerca, guiándonos por el ladrido de los perros y el cantío de los gallos que hemos oído en otras oportunidades. A las 8 y 40 empezó un solo avión a dar vueltas bastante largas. No hemos sentido más nada por la mañana

Decidimos que partiremos a las 2 p.m. rumbo al bohío, que aún no sabemos a ciencia cierta dónde está, pero aunque esta calma puede ser una treta del

enemigo, no podemos seguir aquí debilitándonos, además no pensamos llegar al bohío, sino aproximarnos y observar los movimientos hasta ver si capturamos a alguien que nos informe de la movilización de tropas y de la situación general del país, por lo que se pueda saber a través de la censura [...].

Aquí en este intrincado bosque la única diferencia del día a la noche es que una es clara y la otra oscura, pero los mismos bichos, mosquitos, sobre todo, abundan a todas horas. Es muy poco el sol que logra infiltrarse por el espeso follaje de los árboles. [...] Hemos decidido firmemente esperar aquí pase lo que pase, hasta que se aclare la situación por esta zona. Pasando hambre y sed. Solo comiendo caña.



A Ciro Redondo le festejaron el cumpleaños brindando con cañas, el 9 de diciembre.

Domingo 9 de diciembre: Nos levantamos a las seis, oscuro aún. Buscamos una nueva provisión de caña. Son las nueve y veinte. Han pasado los aviones pocas

veces. Hace como una hora se sintió un disparo de fuego no muy lejos. Por la tarde pasaron los dos aviones varias veces. Están recorriendo zonas muy largas y parece que doblan por aquí. Armando [Rodríguez Moya] fue de recorrido y regresó con unas seis cañas, que vinieron muy bien, pues se nos habían acabado y ya nos estábamos comiendo los nudos y los desperdicios.

Hoy fue el cumpleaños de Ciro [Redondo], brindamos con caña. Nos acostamos temprano, aún no había oscurecido completamente [...].

Martes 11 de diciembre: Esperamos que saliera un poco el sol para orientarnos, comimos algunas cañas que nos sobraron la noche anterior y salimos de nuevo. Ya estas caminatas resultan más emocionantes. Como a las 8 y 15 a. m. vimos el mar entre el ramaje de los árboles y nos alegramos un poquito. Antes de llegar a este punto pasamos muchos claros pequeños de bosque, que tenían sembrado yuca, plátanos y algunos de maíz, pero en ninguno de estos sitios había ni rastro de bohíos [...] Como a las 10 y 30 de la mañana oímos el ruido de unos guanajos, salimos Armando [Rodríguez Moya] y yo a explorar y vimos un bohío como a dos kilómetros. Hicimos un rodeo grande para avanzarle al bohío de forma que si tuviéramos que hacer una retirada, nada más tuviéramos que volver los pasos y retirarnos. Tomamos por asalto el primer bohío, y yo entré mientras él cubría la retirada, pero estaba completamente vacío.

Ya habíamos visto otro bohío mucho más grande como a 100 metros [...] Ciro [Redondo] y yo salimos y nos aproximamos a la casa [...] Vimos a un campesino amontonando leña, sentimos ruido de radio y vi patas de caballo. También vi a un soldado, pero me pareció que iba vestido de verde y en la cabeza no tenía nada; me pareció verle algo en la cintura. Oímos voces como la siguiente: "Vengan a comer los seis primeros", "traigan los platos de campaña". "Oiga, cabo". No



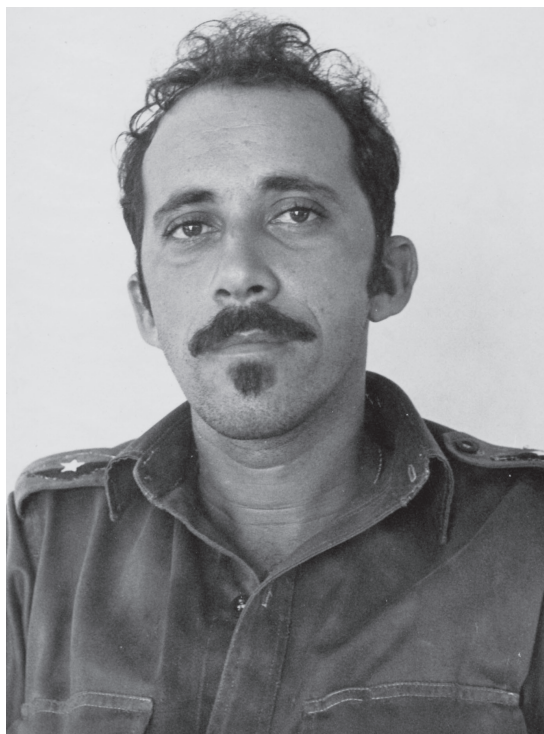
nos quedaba duda, allí habían concentrado soldados [...].

Nos encontrábamos con el triste problema de un compañero, César, que prefirió quedarse, pasara lo que pasara, porque decía que ya no podía dar un paso más [...] Con dolor en el alma, le dije: "me despido de ti, pero tenemos que irnos, buena suerte", le di la mano y nos marchamos rápidamente. Recogimos su fusil. A la una menos tres minutos nos encontramos frente al último cañaveral, detrás de él la airosa majestad de la Sierra Maestra, nuestra ansiada meta.

Después de atravesar la caña y una pequeña y estrecha faja de monte, nos encontramos con las primeras fajas o laderas de montañas cultivadas. Vienen a ser algo así como las estribaciones de la Sierra [...] Seguimos caminando por el lindero de la faja de bosque al borde de una profunda ladera. Después fuimos descendiendo al fondo de la ladera y vinimos a dar a un despeñadero que tenía como unos 70 metros, pero se podía bajar con cuidado, era de roca viva y se veían rastros de corrientes de agua en época de lluvia. Fui el primero en bajar.

René [Rodríguez Cruz] algunos trechos los bajó limpiando el camino con las nalgas; me adelanté como 50 metros para seguir observando, pues había que seguir bajando. De pronto, me llamaron urgentemente de atrás (René hizo señas con las manos uniéndolas) ya los demás habían bajado el risco peligroso y corriendo regresé; cuál no sería mi sorpresa cuando vi salir de una herida de la roca al compañero Ernesto [Fernández Rodríguez] [...] según le informó el campesino que lo tiene aquí escondido, hay más de treinta detenidos en Niquero. Que por aquí asesinaron a ocho compañeros. En esta bahía hay un puesto de la Marina y se llama Ojo [Boca] del Toro. Y así en medio de las conversaciones iba relatándonos con tristeza los nombres de los compañeros que él sabía habían muerto asesinados, prisioneros o en combate [...].

Miércoles 12 de diciembre: [...] Dormimos bastante mal, aunque no había muchos mosquitos ni frío; seguiremos esperando al campesino; según Ernesto, nunca había tardado tanto. El sol nos salió completamente de frente, el amanecer fue bello. Estamos llenos de esperanzas [...].



Efigenio Ameijeiras, Ulises en el Diario de Raúl.

Jueves 13 de diciembre: [...] Decidimos irnos esta noche y mandamos a buscar un práctico para guía [...] Pensamos pasar entre Pilón y La Vigía (observatorio americano). Hoy limpiamos las armas con luz brillante y aceite de higuera. Ulises [Efigenio Ameijeiras] continúa deseoso de aventuras, piensa hacerse famoso. Estamos en estos momentos en una ensenadita cubierta de grandes árboles y rodeada de grandes lomas, con la única salida del cauce seco de un arroyo y en el centro el divino ojo de agua de un manantialito. Aquí pasamos un día muy contentos y llenos de esperanza de encontrarnos en la Sierra con Fidel y nuevas aventuras. Son las 4 y 50 de la tarde.

Aquí ya no da el sol y las palomas y torcazas ya vienen a dormir, mientras

nosotros preparamos el viaje. Lamentablemente ya no podemos irnos hoy. No encontraron al guía. Como a las 6 y 30 p. m. ya completamente oscuro se sintió un ruido azotando las copas de los árboles.

Rápidamente nos dimos cuenta de un fuerte aguacero, que no duró mucho, pero nos empapó. Los sacos disponibles los usamos para proteger las armas, y después de escampar cada vez que tocábamos un gajo nos caía una lluvia de gotas [...].

Viernes 14 de diciembre: [...] En firme decidimos partir hoy; uno de los campesinos nos sacará hasta afuera y de ahí seguiremos solos, según nos informaron hoy, "nuestro amigo" [Guillermo García Frías] sacó a F [Fidel] por la Sierra. Ahora son las 3 y 20 p. m. Esperamos con todo preparado y no vino ningún guajiro, no sabemos qué pasaría. Esperamos hasta las 10 menos cuarto, a esa hora salimos cinco compañeros [...]. Desconociendo completamente la zona, teníamos que desechar todos los caminos y trillos. Un



Guillermo García Frías, uno de los primeros guajiros que ayudó a los expedicionarios del *Granma*.

punto conocido por Las Guásimas, donde, según informes que teníamos, había unos 20 soldados, teníamos que dejarlo a la izquierda [...].

Por las vegas que pasábamos, Ciro [Redondo] y yo íbamos recogiendo algunas mazorcas de maíz tierno, y así mismo nos las comíamos; increíblemente nos caen de lo mejor. A las doce de la noche hicimos una parada en lo alto de una loma, y a la luz de la luna nos tomamos una lata de leche condensada [...].

No sabemos el nombre del lugar. Es imprescindible un práctico para poder operar por estas zonas. Tenemos la esperanza de que F. tenga resuelto este problema cuando topemos con él [...].

Sábado 15 de diciembre: [...] A las seis [de la tarde] ya había luna, y aún quedaba algún resplandor de la luz del sol que ya moría por el poniente. Partimos como vanguardia Ciro [Redondo] y yo, mientras los demás nos seguían a cierta distancia. Llegamos al bohío y, después de identificarnos, el señor nos confesó que había tenido escondidos a dos compañeros nuestros, y traía unas botas que le habían obsequiado. Por suerte también para nosotros, en toda esa zona correspondiente al municipio de Pilón y que se llama el M... [El Muerto] viven muchos parientes de los señores que nos estuvieron escondiendo antes. Pero resultó que en este bohío, como en casi todos, la miseria era espantosa, ni una vianda porque había llovido muy poco durante el año, ni un ave, en fin, nada. Unos poquitos de frijoles negros, que probablemente guardaron para la comida del día siguiente, ahí en un caldero, era lo único que tenían y ofrecían.

Supe que un pariente de los anteriores protectores, tenía una bodega, y allí nos fuimos a verle. Había algo, pero también presentaba el mismo estado de miseria de nuestros campos. Le expliqué el problema y enseñé, de lo poco que tenía nos ofreció y entregó una facturita de víveres que fuimos a preparar a la casa del primer bohío [...].

A este campesino, como al de la bodega y al anterior que nos tuvo escondidos, les dejé unas notas con mi firma, exponiendo que se habían portado bien con nosotros en estos momentos difíciles, por si nosotros moríamos dejábamos constancia de ello. Dos campesinos nos hicieron valiosas indicaciones para llegar a la Sierra y nos acompañaron por unos trillos unos 25 minutos. Seguimos la ruta por trillos, y fue increíble lo que avanzamos en dos horas y media.

Domingo 16 de diciembre: Aprovechando la luna estuvimos adelantando hasta las 3 y 15 de la madrugada. En un descanso que hicimos en la cúspide de una loma, el Flaco se puso a explorar y como a los 200 metros encontró dentro de un pequeño cercado de palos, a un joven campesino [Ramón Coello] que se disponía a ordeñar su única vaca [...].

Atravesamos, pero de largo para poder avanzar, una pequeña cadena de como seis montañas. Era la única forma de adelantar de día, a un lado y a otro teníamos bohíos, al este la costa y el central Pilón a unas dos leguas se veía muy bien desde nuestra altura. Había que atravesar un claro más bajo que las intrincadas montañas y de ambos lados nos podrían ver; entonces decidimos descansar dos horas y media y aprovecharlas para dormir. Yo solo pude dormir una hora pues tuve que hacer guardia. A las 3 p.m. atravesamos el claro completamente arrastrados estilo comando [...].

A las 5 y 20, después de bajar por una cañada seca y rocosa, llegamos a la famosa, entre nosotros, carretera de Pilón a Niquero, que, aunque parece estar en buen estado, es más bien un camino vecinal. Esperamos una hora para que oscureciera, mientras se observarían los movimientos de la zona opuesta [...].

Cruzamos un río-arroyo, y nos internamos en un cañaveral, salimos de allí y seguimos el curso del mismo unos 250 metros, volvimos a internarnos en otro tupidísimo y mojado cañaveral [...].



En medio del cañaveral encontramos un claro, y ahí mismo nos sentamos y estuvimos dos horas comiendo cañas. Seguimos la marcha por el cañaveral, salimos a un maizal, nos comimos dos o tres mazorcas crudas, y al subir por una cañada, nos topamos con la carretera [...] Subimos una hondonada pedregosa y debajo de unos arbolitos en un pequeño bosque nos acostamos como a las once de la noche. Aunque teníamos la ropa algo mojada, por lo extenuados que estábamos dormimos enseguida.

Lunes 17 de diciembre: Nos despertamos como a las 7 a. m. [...] Esperamos que saliera bien el sol para orientarnos y cuando lo analizamos comprobamos que habíamos vuelto a cruzar la carretera para atrás. En vista de la situación decidimos pasarla de día. Se sentía bastante tráfico; el natural de un central apartado en tiempo muerto. Eran las 9 y 30 de la mañana [...].

Partimos oscureciendo, como siempre, y por obra del destino fuimos a dar

a un humildísimo bohío, que por las indicaciones que nos dio su dueño, tuvo importancia decisiva en nuestras vidas del momento.

En la casa apenas había que comer, el dueño [Santiago Guerra] que vivía cerca de la carretera, la cual habíamos cruzado nuevamente un momento antes en un lugar conocido por la Aguada de Pilón, fue a su estancia, en la ladera de una montaña, único lugar donde la inevitable Compañía deja sembrar a los campesinos [...] Ingerimos el alimento bastante caliente y en forma desesperada por el hambre que traíamos.

Nos llenamos de tal forma que después no podíamos caminar y decidimos descansar 45 minutos mientras conversábamos tirados a la orilla del bohío, enfocando con el campesino temas como la reforma agraria y la explotación de que son víctimas por la compañía. Terminado el tiempo señalado, partimos por el mejor camino que jamás habíamos utilizado, ya que nuestro amigo se brindó a servirnos



Crescencio Pérez ("el hombre fuerte de la Sierra", como le llama Raúl) y sus hijos tras su incorporación al Ejército Rebelde.

de práctico [...] Después nos indicó el camino a seguir, “de siempre a la izquierda”, y escogimos ese camino porque nos aseguró que no había guardias. Conversando sobre la mejor ruta para ir a la Sierra, él nos recomendó el Purial donde vivían inclusive sus padres y era zona que él conocía [...].

Después de subir y bajar varias lomas, bastante cómodas, ya que eran potreros, fuimos a dar a una lechería en medio de una finca cercana al Purial. Eran como las 4 y media de la mañana [...] descansamos un rato debajo de un árbol hasta que oímos al ordeñador vocear por el potrero recogiendo algunas vacas dispersas, nos acercamos los cinco al corral, inmediatamente comprobamos que el ordeñador era sordo y al darnos cuenta de que nos confundió con guardias rurales nosotros seguimos fingiendo [...].

Allí obtuve datos de la finca y de sus dueños, y al indagar sobre el tema, el sordo contestó cosa muy corriente: “No, no, por la zona todo está tranquilo”. Por fin nos acercamos a la casa de H [Hermes Cardero].

[...] Inmediatamente le expliqué el asunto y que quería algunos víveres para seguir; él indagó por nuestra identidad, pues no sabía con quién hablaba, me gustó esa desconfianza y me identifiqué plenamente, hasta con mi licencia de manejar en México [...] Quería que nos quedáramos en su casa, pero para menos riesgos y para podernos batir sin comprometer a nadie en caso de emergencia, preferimos escoger un cafetalito cercano y donde podíamos observar las cercanías. Ahora veía un poco más claro en el horizonte de estos tristes días pasados, pues mi amigo me habló del hombre fuerte de la Sierra (Crescencio Pérez) [...].

Vino el primer enlace efectivo, habían ido a ver a Mongo [Ramón Pérez



Cinco Palmas, sitio del reencuentro entre Fidel y Raúl.

Montano], me interrogó, me pidieron más identificaciones; sinceramente me gustó la forma cautelosa de verdaderos conspiradores de estos campesinos [...]. Por fin, a la luz de la luna, aparecieron algunos campesinos y como a las 9:00 p.m. enfilamos precedidos por ellos cuatro. No caminamos mucho cuando se detuvo la vanguardia y emitió unos cuantos silbidos que contestaron a varios metros. Llegamos, y a la orilla de un cañaveral nos esperaban tres compañeros: Alex [Fidel], Fausto [Faustino Pérez] y Universo [Sánchez Álvarez]. Abrazos, interrogaciones y todas las cosas características de casos como estos. A Alex le alegró mucho que tuviéramos las armas.

Fuentes consultadas

Tomado de Raúl Castro Ruz, *Obras Escogidas* Tomo 1 (1951-1958).